Ignacio Vidaurrázaga

Martes once. La primera resistencia.

LOM, Santiago de Chile, 2013, 330 págs, ISBN 978-956-00-0468-0.

Es –era– el libro que quisiéramos haber escrito.

Ya no se podrá.

Me regocijo de ello. Ignacio Vidaurrázaga lo ha hecho de un modo que no me cabe superar en esta vida y en la otra. No, al menos, con su talento.

Con llaneza y exactitud de estilo, nos da en dos partes bien acopladas la historia de la resistencia preliminar a la insurrección militar de septiembre de 1973. O sea, durante ese "día cero" que para todos significó el Martes Once. La primera, conformada por 9 capítulos, es el pan ácimo del relato. La otra, compone su levadura: se trata del cúmulo de voces y testigos que le han permitido a este periodista-historiador levantar prácticamente la obra; incluidas las testificatas de oficiales y gente de tropa.

Una bibliografía estrecha en volumen pero apropiada y eficaz completa el dispositivo de fuentes y referencias que aseguran la solidez de la pesquisa.

Su propósito está límpidamente determinado en la Presentación del texto: combatir el *negacionismo*, sobre todo el de una izquierda instalada que soslaya o desmiente la existencia de una resistencia armada algo más intensa de lo tolerable al golpe castrense de septiembre (p. 14).

Tal recelo es entendible. Las organizaciones irregulares, los depósitos de armas automáticas y varios piquetes involucrados en combates callejeros durante la rebelión castrense –se teme– ayudarían a oxigenar la tesis defendida por la historiografía conservadora de un ejército paralelo al acecho de las instituciones civiles y castrenses con el objetivo de tumbarlas mediante un golpe *desde arriba*, digitado por la propia administración de Salvador Allende y las fuerzas políticas de su fracturada coalición; maniobra frustrada por el "golpe preventivo" lanzado concertadamente esa mañana por las fuerzas armadas y policiales del Estado. Al cabo, ese guión brotó del magín de un historiador reconocido –Gonzalo Vial Correa– y representaba la variante más violenta de la ficción. La menos cruenta –la de Aylwin– hablaba de un "golpe de Praga", algo similar al checoslovaco de 1948, sin mucha sangre pero con la presencia disuasiva de batallones obreros bien realzados, hubiera dicho Maiakovski, por la elegancia innegable del "camarada Máuser"[1].

No hubo tal.

La depurada recuperación de Vidaurrázaga sugiere que los partidos de gobierno y sus dirigencias responsables estaban distantes de alistarse a lanzar un "putsch rojo" anticipado (pp. 90-120). Al revés, fueron sorprendidos estáticos, sin una conformación militar avanzada y con mando centralizado, si bien en los dos años precedentes se había conseguido levantar fuerzas de choque en estado seminal y proveerlas de fusiles de asalto, lanzacohetes y parque

[1] Irónica y enigmática, una columna editorial aparecida en la influyente revista izquierdista *Punto Final* (número 190 del martes 12 de agosto de 1973), en la antesala del golpe de Estado, decidió intitularse "Tiene la palabra el camarada Mauser", evocatorio del poema de Maiakovski.

(Id.). Los optimistas de siempre pensaban que si se lograba ensamblarlas con contingentes obreros, estudiantiles y de pobladores se podía contener y, a la postre, doblegar la insurrección reaccionaria en una confrontación netamente urbana, librada principalmente en el radio santiaguino. Los instructores cubanos de esas incipientes formaciones se empecinaron en adiestrarlas precisamente en la táctica de combate en localidades y en técnicas de "caza-tanques", apostando a generar "cinco o seis focos grandes" de resistencia, disgregar a las unidades insurrectas y, en el supuesto ideal de que se mostraran divididas ante el "pronunciamiento", "generar una respuesta militar contundente" (p. 106).

Naturalmente, en el marco de la constitución de 1925 y del estatuto de garantías acordado entre Salvador Allende y la dirección del Partido Demócrata Cristiano chileno, que vedaba expresamente al gobierno de la Unidad Popular la formación de milicias y fuerzas paramilitares al margen de las reconocidas por la ley fundamental, autorizarlas o protegerlas de cualquiera forma y en cualquiera circunstancia, sobrepasaba el Estado de derecho vigente, por "burgués" que éste fuera. Tales *aparatos* eran reales y, por extensión simple, ilegales. Mas, a mediados de 1973, el gobierno y los partidos centrales de su alianza partidaria (comunistas y socialistas) habían decidido correr ese albur. La extrema derecha, que consiguió instalar entretanto su propia "guerrilla" urbana y practicaba sin dobleces el terrorismo contra el Estado y los partidos gubernamentales, se aducía en conveniente sordina, lo venía haciendo desde antes de la toma de posesión de Salvador Allende.

Martes once termina así por disipar la ilusoria pretensión de cierto "progresismo historicista" que quisiera seguir retocando a pincella imagen de una izquierda absolutamente desarmada y sin ninguna voluntad de combate la mañana aquella.

Es verdad, y el libro se ocupa de ratificarlo, que la aplastante mayoría de los partidos de la UP se dispersaron sin lucha y a su militancia no le pasó por las mientes tomar el rifle vindicativo. Con todo, aunque hayan sido librados por una minoría voluntariosa, hubo en Santiago más conatos y combates que lo habitualmente aceptado. El autor, en un relato que recuerda desde muy lejos la perspectiva multivocal desplegada modernamente por Corneluis Ryano, Dominique Lapierre y Larry Collins en sus propias reconstrucciones narrativas, desgrana los tiempos, escenarios y protagonistas de una jornada guerrera que trascendió la defensa del palacio de gobierno, la casa presidencial de Tomás Moro y la circunferencia gris de la fábrica Indumet.

El relato de Vidaurrázaga no es, pese a todo, enteramente consecuente con el deber kantiano de iluminar sus propios hallazgos. Hablamos de las mismas hebras que la historiografía, la crónica y la memorística acumulada durante la última década se han hecho cargo de traer a la luz. Verbigracia, que la oposición armada al golpe únicamente era plausible con arsenales de alguna calidad y un provisor calificado. Lo que nos lleva derecho a la cuestión de la intervención cubana, someramente tratada por el libro en reseña.

La parte gruesa del armamento y la munición empleada ese día por los partisanos urbanos de la UP fueron, en efecto, suministradas con antelación por los servicios secretos de La Habana a través de sus redes clandestinas. Ulises Estrada Lescaille, el "jefe de operaciones chilenas" del Departamento General de Liberación Nacional, dependencia del Ministerio del Interior de Cuba, el oficial de inteligencia "en terreno" destacado en Chile por el primer ministro Fidel Castro Ruz y Manuel Piñeiro Losada (cabeza directora de aquel órgano conspirativo), con el mandato categórico de preparar los planes de defensa del gobierno de Allende y la consiguiente contraofensiva popular armada contra un alzamiento golpista, le confesó a Tanya Harmer que en todo el periodo, Cuba pertrechó con "un total combinado

de tres mil armas" a los partidos Socialista, Comunista y Movimiento de Acción Popular Unitario, sin considerar al Movimiento de Izquierda Revolucionaría, que recibió una fracción "antes de mayo de 1972"[2]. La asistencia de la mayor de las Antillas contempló así mismo, aparte del entrenamiento guerrillero impartido a "cientos de miristas", el otorgado a "alrededor de dos mil chilenos, tanto en Chile como en Cuba"[3].

La planificación cubana se orientó a gestar primero una contención del golpe y luego una contraofensiva desde la periferia pobre de Santiago con respaldo del armamento automático oculto en depósitos colocados en ángulos clave de la ciudad capital. Estrada y el comité de agentes isleños comprometidos en la operación, sin embargo, estuvieron a un tris de infartarse apenas se enteraron de que Allende había discutido ese proyecto defensivo con los generales Carlos Prats, comandante en Jefe del Ejército chileno, y a José María Sepúlveda, General Director de Carabineros; infidencia innecesaria, alegaron, tratándose de hombres leales al Presidente pero muy distantes de las posiciones revolucionarias mantenidas por la izquierda castrista. Los oficiales antillanos quedaron minados por la sospecha de si Pinochet conoció o no el diseño defensivo cubano una vez que sustituyó a Prats en la Comandancia en Jefe de su arma y accedió plenamente a los archivos de la repartición[4].

El edificio de la embajada, a su vez, terminó convertido en baluarte, santabárbara y pequeña posta hospitalaria. Inclusive con quirófano para atender a los heridos en una contienda que se juzgaba insoslayable e intensa[5]. Castro mismo le participó en 1974 a Erich Honecker, según verificó Piero Gleijeses, que personalmente dio órdenes a su legación en Santiago, algunas semanas antes del levantamiento militar, de almacenar armas suficientes "para un batallón", sin dejar fuera del listado equipo antitanque, para el PC chileno, que finalmente no las recogió[6] pero fue transferido pos-golpe a las células del MIR[7]. Las que se internaron y terminaron embarrilados en las bodegas de la casa presidencial de Tomás Moro y abastecieron a la guerrilla improvisada que en la zona sur de Santiago hostilizó con algunos estragos a las tropas alzadas durante las refriegas del 11[8].

Empero, sería desmedido exceder los límites de la contribución cubana. El PC nativo había estructurado con paciencia benedictina un dispositivo armado clandestino[9]; el PS hizo lo propio[10] y las formaciones del MIR, con el conocimiento, anuencia y apoyo material de Allende, constituyeron la Tropa, un contingente que dispuso tempranamente, según el arreglo logrado entre el Presidente y Miguel Enríquez de cinco o seis casas de acantonamiento y

[2] T. Harmer, *El gobierno de Allende y la guerra fría interamericana*, Ediciones UDP, Santiago de Chile, 2013, 303.

[3] Id.

[4] Id., 301-02.

[5] M. Marambio, *Las armas de ayer*, *La Tercera*-Debate, Santiago de Chile, 2008, 121.

[6] Harmer, 2013, 303-04.

[7] Marambio, 2008, 159-70.

[8] Id.

[9] L. Corvalán, *Santiago Moscú Santiago. Apuntes del exilio*, Coirón, Madrid, 1983, 42-43.

[10] M. González, *Chile. La conjura. Los mil y un días del golpe*, Ediciones B, 147-50; 362-64.

preparación bélica. Allí se vivía en "acuartelamiento permanente" y "en instrucción abierta", tanto en tareas "especializadas" cuanto en aprendizaje "militar de base"[11].

No se buscaba, empero, apurar un enfrentamiento directo. Tamaños aprestos se entendían como una ineludible política de autodefensa ante una cada vez más inminente sublevación castrense apoyada por el bloque de derechas y la apertura, de fracasar la intentona, de un escenario de guerra civil. De resistir más que atacar, o de contraatacar, en síntesis.

Si en la hora undécima buena parte de estas estructuras en desarrollo y todavía inmaturas no sirvieron de gran cosa ante un golpe macizo y profesional, tal epílogo no pudo evitar que los juramentados más decididos salieran a cumplir la promesa adelantada.

No fueron todos lo que se esperaban. Pero llegaron más de los que la memoria interesada está dispuesta a reconocer.

Sin mirada lírica ni glorificación fácil, pero lleno de compasión, este elogiable libro de Ignacio Vidaurrázaga ha recogido su última lucha silente y silenciada. Esa en la que el escritor, en una afirmación heterodoxa, hace de Arnoldo Camu, mientras va a la cabeza de algunos cientos de milicianos socialistas a la brega definitiva, otro O'Higgins (p. 14).

Pensaba en el arrojo y no en la similitud de los tipos humanos, sugiere al momento de justificar ese juicio increíble.

Y es comprensible. Al hacer la recordación florida de las batallas perdidas, difícilmente habrá logrado sustraerse a la visión del viejo general de Rancagua que al frente del último contingente republicano todavía de pie, busca su redención y la de los suyos en una carga imposible a la bayoneta.

Eduardo Téllez Lúgaro
Universidad Bernardo O´Higgins

[11] E. García, *Todos los días de la vida. Recuerdos de un militante del MIR chileno*, Cuarto Propio, Santiago de Chile, 2010, 71-72.